OBITUARY

RAMÓN JAÉN

With a great burden of sorrow the Department of Romanic Languages of the University of California records the sudden and unexpected death of Ramón Jaén, associate professor of Spanish, which occurred in the early morning of March 26th. The preceding day he had been one of the principal figures in the reception given to the commssion from the Philippine Islands. In the evening he had been one of the guests at a small dinner party at the home of one of his colleagues. He had gone to his apartments in the best of spirits and in his usual state of health. Apparently he had sat down to his desk for a period of work, and being attacked by distress in his heart, he had lain down to obtain relief. At breakfast time he did not respond, and investigation found his body lifeless and cold. The greatness of the shock stunned the university and other circles where he was known and admired, and even yet it seems impossible to realize that this fine soul has passed beyond us into the unseen.

In 1916 the summer session of the University of California brought into public view a new figure in American scholarship in the person of the civilian instructor in Spanish at West Point. There linger yet memories of the surprise and delight created by the presence of this representative of Spanish culture. Small of stature, degnified but not stiff in bearing, with a winning smile and most engaging courtesy, with a delightful voice and admirable literary style, he brought to his duties a scholarship that suggested rather than revealed its exactness, a comprehensive knowledge of the language, literature, and life of his native land, and a broad-mindedness in his interpretations of Spanish civilization, that were wholly charming and inspiring.

The brief year and a half of service that Professor Jaén gave to this university revealed more clearly the remarkable qualities of the man. His obvious gifts of popular as well as of scholarly exposition were seen in his classroom work and in the series of popular lectures on *Spain since 1898,* which he was engaged in delivering when death came. His intellectual grasp and keenness of insight are most evident in the series of interpretative essays which were to form a volume under the title, *Viaje Espiritual por España.* His fullness of knowledge and clear understanding of political movements in Spain were seen to advantage in articles published in *The Nation* and elsewhere. The wide range of his tastes and sympathies and the brilliancy of his endowments showed themselves preëminently in fellowship with other scholars and in the social circles which he adorned. His friendly service to the students, the outpourings of his treasures of knowledge to his colleagues, the delightful geniality of his spirit, the sparkling wit and delicious

humor of his conversation, his punctilious sense of honor and responsibility stand out among the many manifestations of a surprisingly earnest, intense, and lovable personality.

At the early age of 34 he ceased from his labors, whose very intensity brought them to an untimely end. An attack of influenza came upon him in November of last year. His anxiety to discharge his duty led to his return to the classroom before he had fully recovered, and a relapse left him with a weakened heart. He had looked forward to a visit to his mother in Spain during the coming summer and to a well-earned vacation there. His efforts were bent toward accomplishing certain literary tasks involving publication in this country and in Spain. These uncompleted labors, and others that he had planned, make doubly clear to us the greatness of our loss, while they heighten our sense of the privileges we enjoyed in the companionship of so rare a spirit and so gallant a Spanish knight.

MALBONE WATSON GRAHAM

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ramón Jaén había nacido en aquella tierra levantina de España donde el cielo es luminoso y las almas de los hombres apasionadas. En Elche—nombre que evoca en nosotros el recuerdo de palmeras y de las primitivas estatuas ibéricas—pasó su niñez. En la universidad de Madrid estudió la carrera de Derecho, y en Madrid vivió hasta que en 1914 salió para este país donde acaba de morir.

Jaén, que luchó en Madrid solo, sin apoyo de nadie y en circunstancias nada favorables, logró desde muy pronto, desde que era estudiante, darse a conocer y ser estimado y querido por todo el mundo. No eran sólo sus cualidades intelectuales—extraordinarias—las que le lograban la estimación de las gentes; eran sobre todo sus cualidades morales: su bondad, su actividad, su gracia, su seriedad y, sobre todas las cosas, su dignidad, aquella dignidad a toda prueba que brillaba más en los momentos más desfavorables y que era en él como una religión.

Se había interesado primeramente en los estudios sociales y fué al lado de D. Adolfo Posada y D. Gumersindo de Azcárate uno de los primeros entre los jóvenes que constituyeron el personal del naciente "Instituto de Reformas Sociales." Pero en el fondo Jaén no era un sociólogo, sino un artista y un poeta, o era ambas cosas a la vez. Como nuestros santos castizos llevaba en su espíritu una mezcla rara de sano practicismo y de idealismo místico. Por esto encontró pronto su hogar espiritual en la "Institución libre de enseñanza", que al parecer no era más que una escuela y en el fondo era y es una religión, fundada y mantenida por Don Francisco Giner de los Ríos. De este hombre extraordinario, que era un santo lacio y moderno, recibió Jaén el impulso definitivo que formó su personalidad: su ejemplo le arrastró a las labores pedagógicas a que se dedicó primero en España en la "Residencia de estudiantes" y en la "Aso-

ciación para la enseñanza de la mujer" y más tarde en este país en la Academia de West Point y en la Universidad de California.

Al lado de Don Francisco Giner, de Cossío y de los demás maestros de la Institución aprendió el joven Jaén a amar los paisajes y las ciudades castellanas (que después él supo pintar con tanta intimidad y emoción) y el arte español, todo desde los grandes maestros de la pintura hasta las más humildes artes industriales cuyos restos tradicionales había que ir a buscar a escondidos rincones. Al lado de ellos aprendió el amor infinito a España, a la España gloriosa y tradicional que se iba y a la nueva España que timidamente se anunciaba.

Jaén era, diríamos, un especialista en España: la había recorrido; como un explorador, buscando los rincones ignorados adonde no llegan los trenes ni los caminos y había penetrado en lo pintoresco de las costumbres, en las artes olvidadas y en el alma de las gentes. Sus hermosos artículos publicados en *La Lectura* de Madrid y últimamente en HISPANIA, no eran más que una promesa de lo que hubiera podido hacer con los materiales reunidos y sobre todo con la emoción y arte que él sabía prestarles.

Ultimamente se había interesado más y más en la moderna literatura, y los artículos que sobre Baroja, Azorín y otros escritores contemporáneos había empezado a publicar hicieron nacer en todos nosotros la seguridad de que ese campo había encontrado en él el hombre capacitado para estudiarlo.

Su labor como profesor en este país es demasiado conocida de todos para que yo necesite encarecer lo que hemos perdido. Yo pienso sobre todo en lo que ha perdido España. Entre los millares de personas dedicadas en este país a la enseñanza del español una docena de españoles llevamos sobre nuestros hombros la misión de prestar a esa enseñanza la nota de intimidad con el espíritu de nuestra lengua y nuestra literatura en la que sin duda hemos de superar a los demás ya que no les superemos en ninguna otra cosa. Nadie reunía—y es difícil que nadie pueda reunir—las condiciones de Ramón Jaén para llevar a cabo esa misión difícil, delicada y tan importante para los intereses espirituales de nuestra patria. La enseñanza americana ha perdido, por lo mismo, uno de sus mejores maestros de español.

De lo que hemos perdido sus amigos no quiero decir nada. En España éramos amigos; aquí éramos hermanos. Por eso yo pienso ahora tan sólo en aquella pobre madre toda dolor y soledad que vive sin esperanza en la tierra luminosa de las palmeras, y al ahondar en su pena sin fondo siento el consuelo de pensar que ha habido otras madres a las que la muerte piadosa ahorró la posibilidad de semejante dolor.

FEDERICO DE ONÍS

COLUMBIA UNIVERSITY